

En la senda de la vida
Está el sepulcro encubierto
Bajo enramada florida:
Ya que el término es tan cierto,
Sea alegre nuestra partida.

¿Vivirémos desterrados?
¿Tendrémos asiento fijo?
Lo ignoro.—Regocijados
Cantemos himnos sagrados,
Agenos de afan prolijo.

Con nuevos ramos de flores
Engalanémos la frente:
Liéñese el aire de olores;
Y resuenen dulcemente
Las voces de los cantores.

¿Aun vivis, amigos míos?
¿Respirais, pechos amados?
Dejad cuidados sombríos,
Y de flores coronados
Seguid los cantares píos.

FIN.



EL JUGADOR.

I.

En un desvan escondido
Do apenas del claro día
Penetra el rayo perdido
Sufriendo amarga agonía
Por el jugar maldecido,
Un grupo de hombres sentados
de una mesa en torno están,
Y otros tras ellos parados,
Y todos al culto dados
Del pernicioso Birjan.
Y reina un silencio frío
En la pálida asamblea
Mientras corre el naipe impío,
Y en los míseros emplea
su funesto poderío
Se escucha de vez en cuando

Ya una horrible maldición,
Ya del oro el ruido infando,
O ya el monótono son
Del gurrupí barajando.

Y luego el crujir de dientes
Y estúpidas carcajadas,
Porque vino el as de espadas,
Que hiciera de aquellas gentes
Felices y desdichadas.

Y á la amarillenta llama
Que en los semblantes refleja
La luz que un candil derrama,
Aquel grupo se asemeja
Al que á Satanás aclama.

Dei desfigurado ceño
La téz está sin color,
Y sus párpados de sueño
Cargados, el resplandor
Huyen del astro risueño.

Al de-cender el sol al Occidente
Dejólos invocando á la fortuna,
Allí tambien les encontró la luna,
Y allí del sol hermoso y refulgente
La nueva luz les sorprendió importuna.

Como sombras malditas del infierno
A penas perdurables condenadas,
De su vivir las horas mal gastadas
Correr no ven, por el a'an eterno
Del juego vil sus almas devoradas.

Y viven ignorando que han vivido

Entre el oprobio del garito inmundado,
Y su nombre en los pliegues del olvido
Pasa veloz, el eco maldonado
Tras si llevando que le lanza el mundo.

II.

Uno su faz muestra allí
Pálida, descolorida,
Que entrega su torpe vida
A tan ciego frenesi.

En otro tiempo fué bello,
De ricos trages vestido,
Ora sucio, maltraido,
Crecido lleva el cabello.

Lleva en la amarilla téz
Del vicio el sello grabado,
Barba larga y pergeñado
Como un hombre de la hez.

De sus órbitas saltar
Parece quieren sus ojos,
Cuando burla con enojos
Sus cálculos el azar.

Y se retuerce las manos,
Y mesa el pelo en su furia,
Y á Dios insensato injuria
Con sus acantos profanos.

Mas él adora ese infierno
Que le llena de amargura,
Y trocó por la ventura
De padre y esposo tierno

No le arredra el qué dirán,
Ni de los buenos la estima,
Ni que su familia gima
Por un pedazo de pan.

Que él una dicha disfruta
En continuar su delito,
Su morada en el garito,
Lugar de eterna disputa.

Deja el garito tal vez
Para asistir á una orgía,
Donde le sorprende el día
En vergonzosa beodez.

Y cargado del desprecio
Que lleva impreso en la frente,
Sigue en su vida indolente,
Al mundo llamando necio.

III.

Mientras vela el jugador
En el garito á deshora,
Un ángel hermoso llora
De pesadumbre y amor.

Sobre su faz antes bella,
Ora descarnada y mustia,
Se lee del alma la angustia,
Se ve del hambre la huella.

Pobre esposa abandonada,
Sin luz que alumbre su hogar,
Pasa la noche en llorar
Su existencia infortunada.

Ya la ilusion del vivir
Perdió para ella su encanto,
Y contempla con espanto
Su azaroso porvenir.

Cándida flor que nació
Hermosa, pura, fragante,
Y que imbécil caminante

Con pesada planta oyó.
Ve pasar su juventud

Entre el desprecio y el lloro;
Empero rico tesoro
Tiene su alma de virtud.

Y cuando se ve en el suelo
Mendigante y solitaria,
La fervorosa plegaria
Levanta su labio al cielo.

IV.

Mira sus hijos hambrientos,
Y con harapos vestidos,
Oye sus tristes lamentos,
Que son agudos tormentos
Que le oprimen los sentidos.

Como podrá mendigar,
Jóven, llena de hermosura?
¿Quién se prestará á endulzar,
Por caridad la amargura

Que le roe sin cesar?
El poderoso al escuchar su acento
Fijará en ella su mirar de biena,

Y dirále: muger, soy opulento,
 Oro yo tengo, y hermosura tú.
 Compraré tus halagos, con mi manto
 Cubriré la miseria de tu casa,
 Y enjugar de tus hijos sabré el llanto
 Si vendes tu belleza y tu virtud:

Y el esposo insensato en el garito,
 Donde ya ha consumido su riqueza,
 Pone en venta la cándida pureza
 Del ángel casto que con él se unió;

O tal vez maldiciendo su fortuna,
 Lleno de rabia, de licor y lodo,
 Al lecho conyugal llega beodo,
 Que á profanar su esposa se negó.

Y á la débil muger feroz golpea,
 Porque resiste la propuesta infame,
 Que oro para jugar solo desea,
 Oro, aunque venda el alma á Satanas.

El juego es fiebre que su sangre inflama,
 Ya todo lo perdió, solo le queda
 Una esposa infeliz á quien no ama,
 Y que quiere vender para jugar.

De garito en garito despreciable,
 Frecuentando los sitios mas inmundos,
 Va arrastrando su vida miserable
 Abruñado de oprobio el jugador.

Y ante el tapete dó arrojó su oro
 Se le ve de la tarde á la mañana,

Devorando sus ojos el tesoro
 Que su inmensa riqueza le arrancó.

Solo le queda en su miseria horrible
 El mezquino recurso vergonzoso
 De pedir el barato al ganancioso
 Para invocar de nuevo al naípe cruel.

Condenado á vivir desnudo, hambriento,
 Mirando sin cesar oro á montones,
 Y escuchar con paciencia los baldones

Que to los le prod'gan por dó quier;
 Lleva el sello afrentoso que los vicios

Sobre su rostro descarnado imprimen;
 Lleva en el pecho el canceroso crimen
 Que al fin logró de la virtud triunfar.

Y cruza silencioso y á deshora
 La oscura calle que pavor inspira,
 Acechando cual hiena destructora
 Al que conduzca por allí el azar.

La aleva diestra con el hierro armada,
 Embozado se aposta en una esquina,
 Contando campanada á campanada
 El tiempo que huye tardo para él.

Y maldice los pálidos reflejos,
 En la profunda lóbreguez perdidos,
 De un farol moribundo que á lo lejos
 Como emblema fatal mira mecer.

Se escucha de tiempo en tiempo
 El alerta del soldado,

El eco desentonado
 Del sereno gritador;

EL JUGADOR.

El ladrido de algun perro,
El mugir del mar lejano,
O el monótono cencerro
De algun arria que pasó.

VI.

Escucha al fin el paso acelerado
De uno que envuelto en la tiniebla umbría
Sueña amor y camina acelerado
Al regazo gentil de su beldad:

Y en seguida se escucha un ronco acento,
Y el ¡ay! que exhala un labio moribundo:
Entre el hombre y su casto pensamiento
El jugador tendió la eternidad.

Oyese el ruido del cadaver croento
Que sobre el suelo desplomado cae,
Oyese el triste murmurar del viento
Que persigue en su fuga el matador.

Y el sol iluminando el nuevo día,
Ve sobre el polvo un tronco ensangrentado,
Y en el garito al jugador malvado
Poniendo al naípe el oro que robó:

VII.

Una imbécil y ociosa muchedumbre
Junto a una puerta lúgubre y golpada
En corrillos se forma, refrenada
De un centinela que allí cerca está.
Se descubre en el fondo, por la epaca

Claridad de dos velas alumbrado
Un fraile carmelita, y colocado
Un crucifijo sobre blanco altar:

Un hombre mas allá tranquilo duerme
Que al asomar la venidera aurora
Verá lucir su postrimera hora,
Sufriendo de su crimen la expiación.

El triste duerme, y el verdugo vela
Mientras despunta el perezoso día
En que va a asesinarle a sangre fria,
Que la ley a morir le condenó.

Duerme el infeliz soñando
Tal vez que está en el garito,
Y aun goza el limite hollando
De la oscura eternidad.

Y en tanto que él duerme, en calma
Pide el suyo por las calles:
*Pora hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar.*

VIII.

En una anchurosa plaza
El vil garrote se eleva
Que impreso en la frente lleva
Del hombre la maldición.
Se ven del pueblo curioso
Las inmensas oleadas
Se oye un rumor misterioso
Que entristece el corazón
Y con la turba mezcladas

Se ven algunas mugeres
Que sueltan sus carcajadas
Entre blasfema hediondez.
Corre el pueblo apresurado
A gozarse en la agonía
De aquel hombre condenado,
Y el sol se afrenta tal vez.
Crece el rumor semejante
Al bramar del Océano,
Y aparece allá distante
Negro pendon, blanca cruz.
Grupo fantástico lleva
Aquel signo bendecido,
Con alba toca y vestido
De oscuro hábito y capuz.
Deja el tropel de la gente
Libre al reo la carrera;
Tras él despues impaciente
El paso vuelve á cerrar.
Se ven relucir las armas
Al rayo que el sol desploma;
Se ve el verdugo que asoma
Su horrible y tostada faz.
Doble fila de soldados
Con lenta planta se acercan,
Y al reo miserable cercan
Cargado de hierros mil.
El sacerdote le exhorta,
Y aynda su paso incierto:
De blanca veste cubierto

Se adelanta el infeliz,
Divisa el alto tablado,
Y el tardío arrepentimiento
A su espíritu aterrado.
Por primera vez habló.
Sus postrimeras miradas
Tiende el triste estremecido
Sobre aquel pueblo reunido
Que va á ver cómo murió.
Llega al suplicio, se sienta,
El verdugo al cuello cife
La argolla ruda, y se tife
Su rostro de palidez.
Se oye el crugir del tornillo,
Y su vista ya anublada
Sobre la plebe agolpada
Fija por última vez.
Y cae su frente amarilla
Sobre el pecho aun palpitante,
Y se lava la mancilla
Que á la sociedad manchó.
Y desfilan los soldados,
Y el sacerdote y verdugo:
Luego los dobles sagrados
Anuncian que ya espiró.
Y el pueblo de allí se aleja
Sin pena y sin escarmiento,
Refiriendo como un cuento
Una escena de dolor.

Solo el bueno se lamenta
Del fin funesto del vicio,
Viendo en infame suplicio
El tronco del jugador.

LOS BARATEROS,

O EL DESAFIO Y LA PENA DE MUERTE.

Era uno de los días del mes de Marzo: multitud de acusados llenaban los calabozos; los patios de la cárcel se devolvían las estrepitosas carcajadas, desquite de la desgracia, ó máscara violenta de la conciencia: las soeces maldiciones y blasfemias, desahogo de la impotencia, y los sarcásticos estribillos de torpes cantares, regocijo del crimen y del impudor. El juego, alimento de corazones ociosos y avidos de acción, devoraba la existencia de los conrillos; el juego, nutrición terrible de las pasiones vehementes, cuyo desenlace fatídico y misterioso se presenta halagüeño, mas que en ninguna parte, en la cárcel, donde tanta influencia tiene lo que se llama vulgarmente *destino*, en la suerte de los detenidos; el juego, símbolo de la solución misteriosa, y de la verdad incierta que el hombre busca incessantemente desde que ve la luz hasta que es devuelto á la nada.

En aquellos días existían en esa cárcel dos hombres: Ignacio Argumáñes y Gregorio Cané. Los hombres no pueden vivir sino en sociedad, y desde el momento en que aquella á que pertenecían parece segregarlos de sí, ellos se forman otra fácilmente, con sus leyes no escritas, pero frecuentemente notificadas por la mano del mas fuerte sobre la frente del mas débil. Hé aquí lo que sucede en la cárcel. Y tienen derecho á hacerlo. Desde el momento en que la sociedad retira sus beneficios á sus asociados; desde el momento en que olvidando la protección que les debe, los deja al arbitrio de un cómitre despótico; desde el momento en que el preso al sentar el pié en el patio de la cárcel se ve insultado, acometido, robado por los seres que van á ser sus compañeros, sin que sus quejas puedan salir del recinto: al detenido esclama: "estoy fuera de la sociedad; desde hoy y para mientras esté aquí *mi ley es mi fuerza*, ó *la que yo me forjo aquí*". Hé aquí el resultado del desorden de las cárceles. ¿Con qué derecho la sociedad exige nada de los encarcelados, á quienes retira su protección? ¿Con qué derecho se sigue erigiendo en juez suyo, siendo los delitos cometidos dentro de aquel Argel, efecto de su mismo abandono? Pero dos hombres existían allí; dos barateros; dos seres que se creían con derecho á imponer leyes á los demas, y á retirar del juego

de sus compañeros un feudo piratesco; dos hombres que cobran el barato. Cruzáronse estos dos hombres de palabras, y uno de ellos fué metido en un calabozo por el alcaide, dey de aquella colonia. A su salida, el castigado encuentra injusto que su compañero haya cobrado él solo el barato durante su ausencia, y reclama una parte en el tráfico. El baratero advenedizo quiere quitar del puesto al baratero en posesion; éste defiende su derecho, y sacando de la faltriquera dos navajas. ¿QUIERES PARTE? le dice, PUES GÁNALA. Hé aquí al hombre fuera de la sociedad, al hombre primitivo, que confía su derecho á su brazo.

El día va á espirar, y los detenidos acaban de pasar al patio inmediato, donde entonan una salve diariamente á la madre del Redentor, salve sublime desde fuera, impudente y burlesca sobre el lábio del que la entona, y que por bajo la parodia. Al son del religioso cántico los dos hombres defienden su derecho, y en leal pelea se acometen y se estrechan. Uno de ellos no debia oír acabar la salve: un segundo transcurre apenas, y con el último acento del cántico, llega á los piés del Altísimo el alma de un baratero.

La sociedad entonces acude, y dice al baratero vivo: yo te lancé de mi seno, yo te retiré mi amparo, yo te castigo antes de juzgarte con

esa cárcel inmundá que te doy: ahí tolero tu juego y tu barato; porque tu juego y tu barato no molestan mi sueño; pero de resultas de ese juego y ese barato, tienes una disputa que yo no puedo ni quiero dirimir, y me vienen á despertar con el ruido de un cuerpo que has derribado al suelo; me avisan de que ese cuerpo de que en vida yo no hice mas caso que de tí, puede contagiarme con su putrefaccion; y por ende mando, que el cuerpo se entierre, y el tuyo con él, porque infringista mis leyes, matando á otro hombre, aun entonces que mis leyes no te protegian. Porque mis leyes, baratero, alcanzan con la pena hasta á aquellos á quienes no alcanzan con la proteccion. Ellas renuncian á ámparar; pero no á vengar; lo bueno de ellas, baratero, espára mí; lo malo para tí; porque yo tengo jueces para tí, y tú no los tienes para mí; yo tengo, en fin, cárceles, y tengo un verdugo para tí, y tú no lo tienes para mí. Por eso yo castigo tu homicidio, y tú no puedes castigar mi negligencia; y mi falta de amparo, que solos fueron de él ocasion.

Y el baratero: ¿Hasta qué punto, sociedad, tienes derecho sobre mí? Ignoro si mi vida es mía; han dicho hombres entendidos que mi vida no es mía, y por la religion no puedo disponer de ella; pero si no es mía siquiera, ¿cómo será tuya? Y si es mas mía que tuya, ¿en qué pude ofender á la sociedad disponiendo de ella,

como otro hombre de la suya, de común acuerdo los dos, sin perjuicio de tercero, y sin llamar á nadie en nuestra común cuestion?

Y la sociedad: Algun día, baratero, tendrás razon; pero por el pronto te ahorcaré, porque no es llegado ese día en que tendrás razon, y en que queden el suicidio y el duelo fuera de mi jurisdiccion; en el día la sociedad á que perteneces no puede regirse sino por la ley vigente; ¿por qué no has aguardado para bairte en duelo á que la ley estuviese derogada? por ahora, muere, baratero, por que tengo establecida una pragmática que así lo dispone.

Una luna no ha transcurrido todavía que ha visto sofocado por mi mano á otro hombre por haber vengado un honor, que la ley no alcanzaba á vengar....

Y el baratero: ¿Y cuántas lunas transcurren, sociedad, que ven paseando en el Prado á otros hombres que incurrieron en igual error que ese que me citas, y yo?....

Y la sociedad: Esto te enseñará que ya que no pudieses aguardar para bairte á que yo derogase mi ley, cesando de intervenir en las disidencias individuales que no atacan á la corporacion, debiste aguardar á lo menos á ser opulento, ó siquiera caballero.... ó aprender en tanto á eludir mi ley....

Y el baratero: ¿Y la igualdad ante la ley, sociedad?....

Y la sociedad: Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes la conquistéis: cuando yo sea la verdadera sociedad, y entre en mi composicion el elemento popular; llámanme ahora sociedad y cuerpo, pero soy un cuerpo truncado: ¿no ves que no tengo sino cabeza, que es la nobleza, y brazos, que es la curia, y una espada ceñida, que es mi fuerza militar? ¿pero no ves que falta la base del cuerpo, que es el pueblo? ¿no ves que ando sobre él en vez de andar con él? ¿no ves que me falta el corazon, que es la inteligencia del ser, y que solo puede resultar del completo y armonia de lo que tengo, y de lo que me falta, cuando lo llegue á reunir todo? ¿No ves que no soy la sociedad, sino un monstruo de sociedad? ¿Y de qué te quejas, pueblo? ¿No renuncias á tus derechos en el acto de reclamarlos? ¿no lo autorizas todo sufriendolo todo? Si tú eres mis piés, ¿por qué no te colocas debajo de mí, y me haces andar á tu placer, y no que das lugar á que aude malamente con muletas?

Y el baratero: Porque no sé todavía que soy tus piés y que hago parte de tí, ó sociedad; porque no sé que mis atribuciones son andar y hacerte andar; porque no comprendo....

Y la sociedad: Pues date prisa á comprender, á saber quien eres y lo que puedes, y entre tanto date prisa á dejarte ahogar, y en gar-

rote vil, porque eres pueblo, y porque no comprendes.

Y el baratero: Mi dia llegará, ó falsa sociedad; ó sociedad incompleta y usurpadora, y llegará más pronto por tu culpa; porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los míos, que ahora lo miran estúpidamente sin comprenderle, aprenderán a leer. Hágase en el interin la voluntad de la fuerza; ahorca á los plebeyos que se batien en duelo; colma de honores á los señores que se batien en duelo, y en tanto que el pueblo cobra su barato, cobra tú el tuyo, y date prisa!!!

Y el baratero debía morir, porque la ley es terminante, y con el baratero cuantos barateros se batien en duelo, porque la ley es vigente, y quien infringe la ley merece la pena, ¡y quien tal hizo que tal pague!

Y el baratero murió, y en cuanto á él satisfizo la vindicta pública. Pero el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver; el pueblo no comprende, el pueblo no sabe comprender y como su dia no es llegado, el silencio del pueblo acató con respeto á la justicia de la que se llama su sociedad, y la sociedad siguió, y siguieron con ella los duelos, y siguió vigente la ley, y barateros la burlarán, porque no serán barateros de la cárcel ni barateros del pueblo, aunque cobren el barato del pueblo.

FIN.

INDICE

De los capítulos contenidos en este tomo.

INTRODUCCION..... Pág. 3

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I. Origen del juego.....	7
CAP. II. Definición del juego.....	8
CAP. III. Divisiones del juego.....	10
CAP. IV. Sobre lo lícito de los juegos de suerte.....	id.
CAP. V. Condiciones necesarias para la adquisición del dominio de las cosas ganadas por los juegos de suerte.....	11
CAP. VI. Leyes sobre el juego.....	12

CAP. VII. <i>Leyes de otras naciones sobre el juego</i>	13
CAP. VIII. <i>Del juego del Monte</i>	16
CAP. IX. <i>Gentes de que se compone el juego del Monte, y demas</i>	18
CAP. X. <i>De las cualidades y condiciones de los jugadores</i>	19
CAP. XI. <i>De las causas que mueven á los hombres á los juegos lucrativos</i>	23

SEGUNDA PARTE.

CAP. XII. <i>De los males en particular que causa el juego. El juego perturba la sociedad conyugal, é impide la educacion de la prole</i>	27
CAP. XIII. <i>El juego trastorna el órden fisico del hombre, y le acarrea muchas enfermedades</i>	29
CAP. XIV. <i>El juego acorta los dias de la vida, y conduce al hombre precipitadamente á la vejez</i>	30
CAP. XV. <i>El juego priva al hombre de la estimacion y opinion pública</i>	31
CAP. XVI. <i>El juego hace que no goce el hombre de las satisfacciones y recreos que los demas</i>	33
CAP. XVII. <i>El juego hace perder la moralidad y buenas inclinaciones</i>	34
CAP. XVIII. <i>El juego entorpece los</i>	

<i>miembros de la sociedad en los ministerios á que se hallan destinados</i>	36
CAP. XIX. <i>El juego impide el ejercicio espiritual de las potencias del alma</i>	37
CAP. XX. <i>De otros daños de diversa especie que acarrea el juego</i>	id.
CAP. XXI. <i>El jugador de facultades toma á su cargo la manutencion de los demas que no las tienen</i>	38
CAP. XXII. <i>El jugador de facultades toma á su cargo la manutencion de todas las casas de juego</i>	41
CAP. XXIII. <i>Los jugadores de facultades toman sobre si todos los gastos anexos al juego</i>	43
CAP. XXIV. <i>De otros motivos porque debe el hombre aborrecer el juego de azar y demas</i>	46

TERCERA PARTE.

CAP. XXV. <i>De las ventajas de los banqueros</i>	49
CAP. XXVI. <i>Ventaja de la puerta en el monte</i>	51
CAP. XXVII. <i>Ventaja de la eleccion</i>	55
CAP. XXVIII. <i>Ventaja de la fuerza unida</i>	56
CAP. XXIX. <i>Ventaja de suma determinada</i>	57

CAP. XXX. Ventaja de la accion pa-	58
siva	
CAP. XXXI. Ventaja del tiempo oportuno	60
CAP. XXXII. Ventaja de mejor sentado. 61	
CAP. XXXIII. De otras ventajas inventadas por los mismos banqueros....	62
CAP. XXXIV. Del en tres.....	63
CAP. XXXV. Del todos menos.....	70
CAP. XXXVI. De los aires.....	73
CAP. XXXVII. De los segundos albu-	
res	75

CUARTA PARTE.

INTRODUCCION	79
Advertencias previas y necesarias para todo jugador. I.....	82
Sobre la suerte de los jugadores. II.....	83
El jugar no es para todos. III.....	84
Hay dias de ganar y dias de perder. IV.	86
De la compostura y demas exterioridades del jugador. V.....	88
Reglas que se deben observar en el juego del monte y demas.....	91
Regla primera.....	91
Regra segunda.....	94
Regla tercera.....	95
Regla cuarta.....	id.
Regla quinta.....	97

Regla sexta.....	100
Regla septima.....	id.
Regla octava.....	101
Regla nona.....	102
Regla décima.....	104

FIN DEL INDICE.